

FORTIFICACIÓN DE PUEBLA

Miguel A. SANCHEZ LAMEGO
Academia Nacional de Historia

LA CAUSA OFICIAL de la Intervención francesa en nuestro país fue la suspensión de los pagos de la deuda exterior a Inglaterra, Francia y España, en vista del estado de bancarrota económica en que se encontraba el erario mexicano; pero la causa real no fue otra que el derecho del más fuerte para atropellar al débil. La preeminencia de este derecho hizo que el señor ministro Saligny desconociera la firma que había estampado en los tratados de Soledad y ordenara el avance de las tropas francesas sobre territorio mexicano. Fue así como se creó el estado de guerra entre Francia y México.

El ejército francés de invasión, compuesto aproximadamente de unos 5,200 hombres, marchó hacia el interior de la República sin encontrar resistencia decidida por parte de los mexicanos. El combate de Fortín (19 de abril de 1862) sólo fue una simple escaramuza y el de las Cumbres de Aculzingo (28 de abril) un conato de oposición mal realizado. Así, para el día 4 de mayo, el ejército francés se encontraba estacionado en el pueblo de Amozoc, a unos 17 kilómetros al oriente de la ciudad de Puebla. Entre tanto, el pequeño y maltrecho "Cuerpo del Ejército de Oriente" mexicano, que había ido replegándose sin oponer obstáculo serio al enemigo, había llegado a la ciudad de Puebla desde el 3 de mayo. Esta fuerza se componía de unos 4,900 hombres, que desde el 20 de febrero anterior, estaban a las órdenes del general de división Ignacio Zaragoza.

Seguramente que el general mexicano pronto se percató que, para poder enfrentar sus tropas a las huestes francesas, aureoladas con el prestigio de ser los "primeros soldados del mundo", era necesario, ante todo, organizar defensivamente la ciudad, y para el efecto, desde el día de su llegada dictó las órdenes relativas. Sin embargo, como había una carencia abso-

luta de herramientas, pues nuestras tropas no estaban dotadas orgánicamente de ellas, el general Zaragoza se dirigió al ministro de la Guerra el mismo día 3 de mayo, en los términos siguientes: "Por la diligencia de mañana, sírvase mandarme 300 zapapicos, 200 barretas y 150 palas o las más que sea posible de estas últimas..." Si el envío llegó a tiempo a Puebla, fue en esa exigua cantidad; con ello y con lo que se pudo conseguir en la ciudad, nuestros soldados ejecutaron los pocos trabajos de fortificación que era posible realizar, teniéndose como se tenía, el tiempo en contra y el enemigo al frente.

Todos esos trabajos de fortificación fueron concebidos y dirigidos por los jefes y oficiales que formaban la Sección de Ingenieros del Cuerpo de Ejército de Oriente, encabezada por el coronel del arma Joaquín Colombres y compuesta por el teniente coronel Francisco de P. Durán, capitanes segundos Agustín Linarte y Albino Magaña, y tenientes Agustín Arellano y Eugenio Izquierdo.

En nadie mejor que en ese jefe de Ingenieros pudo haber confiado el general Zaragoza la organización defensiva de la ciudad, pues el coronel Colombres aunaba al conocimiento profundo del arte de la fortificación el hecho de ser originario de Puebla; es decir, conocía cabalmente el terreno.

Los hechos siguientes hablan bastante sobre la experiencia que en asuntos de fortificación poseía Colombres: el 19 de noviembre de 1841 egresó del Colegio Militar con el grado de Teniente de Ingenieros; como oficial subalterno participó en la campaña de 1846-1848, contra los norteamericanos, obteniendo dos medallas de honor y un diploma por sus actuaciones en la organización defensiva de la ciudad de Monterrey, en septiembre de 1846, de Molino del Rey y del pueblo de Atzacolco en el valle de México, en agosto y septiembre de 1847. Asistió, además, a la defensa del castillo de Chapultepec, donde fue hecho prisionero. Por otra parte, en el ejercicio de su carrera militar había ejecutado otros trabajos parciales de fortificación; unos en la ciudad de México en 1844, otros en la misma ciudad de Puebla en 1845, y, por último, unas reparaciones en el fuerte de San Carlos de Perote en 1855.

La experiencia de Colombres en materia de fortificación y defensa explica la aprobación inmediata que el general en jefe otorgó a su plan de defensa que consistió, a grandes rasgos, en lo siguiente: acondicionar solamente los frentes Norte, Oriente y Sur de la ciudad, en vista de que el enemigo se hallaba a muy corta distancia y el ataque podía producirse de un momento a otro.

En el frente Norte, la ciudad se halla dominada por una cresta topográfica de dirección general Noroeste-Sureste, que termina en sus extremos en dos cerros desnudos de vegetación. El cerro oriental, llamado de Guadalupe, con una altura aproximada de 100 metros sobre el nivel del valle, estaba coronado por el convento o iglesia dedicada a la Guadalupeana, y el cerro occidental, llamado de Loreto, de un nivel más bajo que el anterior (50 metros más o menos), se encontraba coronado por un pequeño "fuerte" también llamado de Loreto. La distancia entre las dos cimas de los cerros era de 1000 metros, descendiendo la cresta suavemente de un cerro al otro, pero con las pendientes del lado exterior bastante inclinadas. La defensa de este frente era obra relativamente fácil de organizar, pues requería poco trabajo. El "fuerte" de Loreto necesitaba solamente pequeños acondicionamientos; y en cuanto al fortín del cerro de Guadalupe, se decidió que con apuntalar ligeramente las fortificaciones existentes sería suficiente.

En el frente Oriental, sector de posible ataque por ser la desembocadura probable del enemigo, se realizaron trabajos solamente de defensa exterior en los linderos de la población. Se puso especial atención en la iglesia de los Remedios, que fue fortificada, y se hicieron barricadas en todas las calles que desembocaban a este frente, desde el barrio de Xonaca hasta el del Carmen, aspillerando los muros de las casas que tenían vistas hacia el exterior.

El frente Sur, también sector de posible ataque, se organizó de modo semejante al anterior. Este frente se hallaba en mejores condiciones, debido a que delante de las barricadas se extendía un magnífico glacis natural, constituido por el terreno descubierto que existía en ese suburbio de la ciudad.

Las barricadas realizadas en los linderos de la población se repetían cada 200 ó 300 metros hacia el interior, de manera que constituían varias "líneas" sucesivas que daban "profundidad" a la organización defensiva; esta organización en profundidad fue facilitada por el gran número de iglesias y conventos y de otras recias construcciones coloniales que había ahí y cuyos muros, de mampostería de piedra de más de un metro de espesor, constituían magníficos abrigos contra las vistas y los fuegos del adversario.

Finalmente, se organizó un reducto en el centro de la ciudad, uniéndose por medio de comunicaciones cubiertas los conventos que rodeaban a la catedral, en cuyos muros se abrió gran número de aspilleras, y cerrando las bocacalles adyacentes con ayuda de barricadas.

Así, pues, los trabajos llevados a cabo en los frentes Sur y Oriental, no fueron, en resumen, más que barricadas, aspillerado de muros, apertura de fosos en los arroyos de las calles, horadación de muros en las casas adyacentes para ligarlas entre sí, etc. Es decir, más que trabajos de fortificación, fueron trabajos de acondicionamiento. En cuanto al frente Norte, se proyectó y organizó como sigue: el convento de Guadalupe debería quedar encerrado en un fortín con parapetos de tierra. Ahora bien, la iglesia o convento en cuestión, reconstruida en el año de 1758, a iniciativa de don Luis Osorio, sobre los restos de una antigua iglesia llamada de San Cristóbal, que había sido destruida por un rayo en el año de 1756 y reconstruida por fray Francisco de San Miguel, comprendía tres naves con dos torres que fueron demolidas para evitar que sirvieran al enemigo para referir su tiro de artillería.

El fortín proyectado y realizado quedó compuesto de dos baluartes hacia el frente Norte, unidos por una cortina de unos 40 metros de largo; el resto comprendía cinco tramos de muralla sin baluartes, de manera que el flanqueo del foso era incompleto en los frentes restantes. Debido a esto, más tarde, al organizar dicho fortín de una manera más completa, se le proveyó de tres redientes o "plazas de armas" exteriores, colocados en los frentes oriental, sur y occidental. La entrada a esta obra se hacía por un puente de mampostería que cru-

zaba el foso y quedó mediocrementemente defendida por medio de un "garitón" que se construyó en el interior.

La "muralla" o "escarpe", constituida por un muro de mampostería, adosado al terreno, con una altura mínima de 7 metros sobre el nivel del fondo del foso, quedó coronada por un parapeto de tierra de 1.60 metros de espesor, sosteniéndose la tierra, por el lado interior, con un delgado murete de mampostería de piedra de solo 0.25 metros de grueso. El obstáculo se completaba con un foso de una anchura media de 6.50 metros que rodeaba al recinto. La contraescarpa, con una altura media de solo 1.80 metros, también era de mampostería de piedra, de unos 0.40 metros de espesor. Prácticamente no existía un camino cubierto hacia el exterior, y la corona de la contraescarpa quedaba al nivel del terreno natural.

El convento, que poseía unos 18 locales, fue aprovechado como reducto del fortín, y en su interior se edificaron los abrigos, pues el espesor de sus muros (variable de 0.60 a 0.75 metros), proporcionaba seguridad suficiente. El polvorín fue instalado en el sótano de este edificio, una vez aspillerados convenientemente los muros de la edificación. Además, en el baluarte occidental se acondicionaron cinco troneras, otras tantas en el baluarte oriental, dos en la cortina Norte, cuatro en la cortina oriental, cuatro en la cortina occidental y tres más en los frentes restantes, de manera que el fortín podía admitir 22 piezas de artillería; todas, tirando a "barbeta". Debe aclararse que en todo el perímetro, el parapeto permitía el tiro de la infantería, y como el piso del interior del fuerte no estaba a nivel, en algunos tramos hubo necesidad de hacer una banqueta para permitir a los tiradores hacer cómodamente su tiro por encima del parapeto.

En cuanto al "fuerte" de Loreto, era una obra de planta cuadrangular, cuyas ruinas existen todavía. Este fuerte, de trazado abaluartado, comprendía cuatro baluartes circulares, que recuerdan los llamados "rondeles" tan usados en Europa durante el siglo *xvi*, ligados por otras tantas cortinas de unos 60 metros de longitud.

El obstáculo del "fuerte", es decir, el foso, también de 6.50

metros de anchura media en el fondo, tenía (y aún conserva en la actualidad) parte de su escarpa y contraescarpa cortadas en la roca caliza, pero su profundidad era pequeña pues en algunos lugares apenas alcanzaba 1.50 metros. La escarpa, de mampostería de piedra, tenía un espesor medio de 1.80 metros y estaba coronada por una banqueta de tiro, a lo largo de las cortinas solamente, y por un parapeto del mismo material, de un espesor variable de 0.80 a 0.90 metros en todo su desarrollo.

En el interior de la obra existía la antigua iglesia, edificada hacia 1720 por el padre Baltazar Rodríguez Zambrano, a semejanza de la catedral de la ciudad de Loreto, en los Estados Pontificios, encerrando la "Santa Casa". Este santuario se consideró como fortaleza a partir de 1789, fecha en que se creó el Regimiento Provincial de Puebla. Hacia 1803 se le destinó a lugar de arresto para oficiales; en 1812 se fortificó ligeramente y en 1821, el brigadier español Ciriaco del Llano mandó hacer allí una fortificación en toda forma, quedando comprendida en su interior la iglesia en cuestión, para resistir el ataque emprendido por Agustín de Iturbide, al sufrir la ciudad de Puebla el primer sitio que registra su historia y que concluyó con la entrada a la plaza del Ejército Trigarante, el 2 de agosto de 1821. Esa iglesia, cuyos muros tienen un espesor medio de 0.80 metros, servía de reducto a la guarnición defensora, pues comprendía unos 16 locales, sin sótanos, situados alrededor de un patio central.

La entrada del "fuerte", establecida hacia el Sur, estaba defendida débilmente por dos "garitones" interiores, por lo que se construyó un "rediente" para reforzar el lugar; el foso se salvaba por medio de un puente ciego de mampostería.

Además, fueron acondicionados 8 troneras en cada baluarte, por lo que el "fuerte" podía alojar 32 piezas de artillería en total.

Todos los trabajos antes mencionados con algún detalle, fueron emprendidos, unos desde el día 3 de mayo y los otros, sólo hasta el día 4, debido a que como ya se ha repetido varias veces, se carecía de la herramienta necesaria.

Organizada como acaba de indicarse la defensa de la ciu-

dad de Puebla, las tropas mexicanas ocuparon las obras en la forma siguiente:

La división del general Negrete (unos 1 200 hombres), fue destinada a ocupar los cerros de Loreto y Guadalupe, y con las brigadas Berriozábal, Díaz y Lamadrid, se formaron tres columnas para realizar los contraataques; pero en vista de que el adversario atacó los cerros, cosa que el general en jefe mexicano consideró poco probable, a última hora dispuso que la Brigada Berriozábal reforzara la posición defensiva de los cerros, ocupando el Cuerpo de Carabineros a Caballo la izquierda de la posición, para evitar el movimiento envolvente por ese lado; quedando el Batallón de Zapadores de la Brigada Lamadrid, en el barrio de Chanenetla, constituyendo la reserva de esas fuerzas.

De todas las obras de fortificación sólo el "fortín" de Guadalupe fue atacado. Este "fortín" fue sometido a un cañoneo ininterrumpido durante cerca de dos horas, recibiendo buen número de impactos de la artillería francesa, sin resultado favorable para la fortificación; y de las tres columnas de ataque lanzadas por los franceses sobre la línea de los cerros de Loreto y Guadalupe, solamente una pudo llegar a coronar el parapeto casi intacto del fortín de Guadalupe, sin que los asaltantes lograsen apoderarse de la obra, porque el reducto jugó perfectamente su papel, al recibir a los atacantes con un vivísimo fuego de fusilería, que partía del parapeto y de la edificación interior, obligándolos a retirarse después de sufrir fuertes pérdidas.

Debido a la defectuosa preparación de las tropas mexicanas (la mayor parte de ellas tenía una mediana instrucción), el pánico hubo de hacer presa en ellas cuando algunos enemigos lograron coronar el parapeto, pero gracias a la energía del general Miguel Negrete, la confianza volvió al espíritu de aquellos soldados patriotas, que aún carentes de las buenas cualidades de las tropas veteranas, poseían un valor desmedido y una abnegación sin límites.

La batalla terminó, como es sabido, con la retirada tres días después del ejército expedicionario invasor rumbo a la ciudad de Orizaba, habiéndose realizado el milagro de que

el mal organizado ejército mexicano batiera a un ejército de tradición gloriosa, todo esto, debido en gran parte, a la utilización racional del noble arte de la fortificación.

Por último, conviene hacer constar que el triunfo de las armas mexicanas en Puebla se logró bajo las siguientes adversas situaciones.

1ª Los progresos habidos en la fortificación en aquella época, especialmente en los Estados Unidos, no eran aún conocidos en México. Me refiero, por una parte, a la aparición del "orden disperso" en lugar del "orden cerrado" acostumbrado hasta entonces. También hay que agregar que se prestó poca atención a las defensas accesorias.

2ª Las dos fortificaciones de Loreto y Guadalupe fueron organizadas para servir simultáneamente como baterías de artillería y como puntos de apoyo de infantería. Es decir: podían participar tanto en la lucha lejana como en la cercana, pero al estar colocadas ambas armas (infantería y artillería) en la misma cresta de fuego, se arriesgaba que los parapetos para la infantería fueran destruidos durante la lucha lejana y que, al llegar la lucha cercana, la infantería ya no tuviera sus parapetos en buenas condiciones. Esto no llegó a suceder, porque la artillería francesa no pudo arreglar su tiro de destrucción, debido a que los fortines mexicanos coronaban la cresta topográfica y el tiro no fue de fácil corrección para los artilleros.

3ª La carencia en el ejército mexicano de tropas en posesión de herramientas de trabajo eficaces, así como la falta de unidades con conocimientos técnicos —tropas de Ingenieros— hizo imposible realizar obras de mayor consistencia. El Batallón de Zapadores, que desde 1828 había existido en el ejército mexicano, desapareció en 1860 y no había sido reorganizado aún en el nuevo ejército federal. El Batallón de Zapadores de la Brigada Lamadrid, aunque llevaba ese nombre, en realidad era un batallón de infantería, pues su personal de tropa no estaba instruido en los trabajos relacionados con su especialidad y, además, la oficialidad era de aquella arma y no de ingenieros.